



organizado con el apoyo del Fondo Nacional de la Investigación Científica de Bélgica (NFWO-FNRS) y de la Universidad de Mons.

Para citar este artículo: Rojas, Waldo. "A manera de preámbulo o a una lectura de poemas". *Literatura chilena actual*, número especial de *Aleph: Revista de Literatura Hispanoamericana*, no. 8, Rodríguez Carranza, L. (ed.). 1994, pp. 54-64. ISSN 1784-5114. Disponible en: http://ahbx.eu/ahbx/?page_id=7464

A MANERA DE PREAMBULO A UNA LECTURA DE POEMAS¹

Ya se ha dicho que un escritor es aquel para quien la escritura no es un medio de expresión, ni un vehículo, ni un instrumento, sino el *lugar* mismo de su pensamiento. Es alguien que no sabe y no puede pensar sino en el silencio y el secreto de la escritura; es el que sabe, por experimentarlo en cada instante, que, cuando escribe, no es él quien piensa su lenguaje, sino su lenguaje que *lo* piensa a él y lo piensa desde afuera suyo. "Juego cautivante y mortal de la escritura", diría Gérard Genette, en el que caben al escritor sólo dos tareas, que en verdad no hacen más que una: escribir y callarse.

Invitado aquí, e incitado ahora, está previsto por mí parte recrear la situación simétrica de la primera de esas tareas, o sea, la de dar lectura protagónica a mis textos, prestándoles mi voz, esto es reescribiéndolos oralmente. Me temo, por otro lado, que este preámbulo autorreflexivo conlleve la derogación de la otra de ambas tareas, o sea, la de callarme.

La poesía, asegura Maurice Blanchot, no le está dada al poeta como una verdad y una certidumbre de la cual él podría aproximarse. El poeta no sabe si es poeta, pero tampoco sabe lo que es la poesía, ni siquiera si ella es. La poesía depende de él y de su búsqueda; dependencia que, sin embargo, no lo convierte en dueño de lo que busca; lo que lo vuelve es incierto de sí mismo y como inexistente. Cada obra, cada momento de la obra, pone todo en entredicho, y aquél que sólo deba atenerse a ello, no se atendrá, pues, a nada.

El derrotero algo sinuoso hacía una lectura que estas palabras preliminares trazan desde ya, a riesgo, sin lo cual, de no poder atenerme

a nada, debería llevar no más lejos, ní más cerca, que a la audición de los textos prometidos. Si alguna palabra mía debiera quedar en pie al cabo de esta reunión, yo quisiera que esa palabra fuera la de mis poemas. Pues, la naturaleza misma del poema es, bien entendido, incomunicable por otros medios que los que el poema pone a mano. La oscuridad, la ambigüedad de ciertas imágenes, de ciertas sensaciones, o de todo un imaginario, existen como realidades, y la poesía es, justamente, con la música, la única operación, el único encaminamiento, que permite alcanzarlas sin destruirlas.

Mi poesía aspira o tiende a asumir en sus formas, todas las consecuencias de la escritura; esto es, del hecho concreto de trazar unos signos, en un cierto orden, sobre el papel, destinados a la operación más o menos simétrica de un desciframiento y la transcripción por la mirada lectora. En principio, adhiero a la comprobación reconocida, y nada indiferente en sus consecuencias para el ejercicio concreto de la literatura, según la cual los signos de la escritura, en cierta manera concuerdan mejor, en su disposición, con la estructura del espacio de la lengua, esto es según la distinción ya clásica entre lengua y habla propuesta por F. de Saussure, con esa parte social del lenguaje, exterior al individuo. Enseguida, hay el hecho de que cierto tipo de efectos expresivos, ciertos modos de significar, que me son caros, cuentan con el acto de hojear -y ojear- el volumen impreso, ese espacio de conjeturales improntas. Mi poesía cuenta con el hecho de que la literatura se cumple en función del Libro. Es éste un objeto que se palpa y se sopesa, nada ajeno, por lo demás, a cierta valorización fetichista, a la que no se adhiere impunemente. Pero el libro es sobre todo, el espacio que acoge la escritura, ese "sistema de relaciones espaciales infinitamente complejas"; espacio de la realidad textual, tejido de figuras en el que el tiempo vital del 'escritor escribiente' y el del 'lector levente', se anudan juntos enredándose en el medio paradójico de la página y del volumen. Respecto de los usos infinitamente variados que los hombres pueden hacer del lenguaie, el libro instaura un orden distintivo entre lo que se dice, lo que se canta y lo que se lee.

Mi poesía prevé también el acto silencíoso de leer, que determína un tiempo, o mejor, un tempo, singular, como es el del trayecto sucesivo de una página. Acto carnal y fruicioso del leer: clavar los ojos en ella, hincarle el diente.

Una primera versión de este texto, "Motívos, prevencíones y algunas reservas para entrar en materia, o preámbulo evitable a una lectura de poemas", fue leída en el Tercer Congreso de Culturas Hispánicas. Universidad de Chile, Facultad de Filosofía y Humanidades, Departamento de Literatura, Santiago de Chile, 12, 13 y 14 de agosto de 1992.

Waldo Rojas seleciónó y reestructuró personalmente esta presentación para ALEPH.

Valga recordar en beneficio de la pertinencia de estas dos últimas expresiones que, antiguamente, «página» no quería decir otra cosa más que "cuatro hileras de vides unidas en forma de rectángulo", y que el origen etimológico de su forma latina era "clavar" o "hincar": «pangere».

Algo de esta filiación verbal, inconsciente, debió asistir mi pluma, cuando, en un primer libro, llamé a un poema "Vid". Una suerte de pleonasmo: una vid en su página; texto aquél que, como sucede siempre con la poesía, dice algo pero habla de otra cosa. Un poema, así, siempre habla de sí mismo. Toda imagen poética, por angas o por mangas, remite a la escritura, a toda escritura si no a todas las escrituras: antes de "reflejar" nada, la escritura poética se refleja a sí misma, es un espejo de sí misma, un espejo que, literalmente "se abisma".

Agregaré solamente que concibo la poesía, en sus motivaciones y alcances, como una empresa eminentemente literaria. Que para mí un poema es fruto de artificios, más o menos complejos, basados en una serie de operaciones sobre el lenguaje, deliberadas tanto como maduradas. Pienso que la materia del poema está hecha de palabras, construido pieza a pieza sobre la opacidad material de éstas, y acabado sólo al cabo de numerosos ensayos, en un trabajo en que el azar o la espontaneidad ceden todo o parte de sus fueros imprevisibles a una "forma" y a un tenor, esto es, a una contextura de significaciones, en mucho prevista de antemano. Digo bien: "prevista", esto es, vislumbrada, lo que implica un acto muy otro que el de predisponer una estructura pensada. Pero, para incurrir una vez más en aquella banalidad según la cual un poema es un acto imprevisible en todos sus alcances, me gustaría insistir en que una vez escrito éste caduca su contrato de pertenencia a un proyecto personal, se agota toda posibilidad de control por el poeta del estatuto de sus significaciones. Lector entre lectores, frente a su texto, el poeta no es ya, ni con mucho, el primus inter pares: puesto que el poema sabe más que su poeta, puesto que las significaciones por él cristalizadas volverán a diluirse en y por la lectura ajena, en el medio omnipresente del sentido, del cual ningún producto humano podria escapar. Un texto, un poema no puede cumplirse ni cobrar existencia sino en esta forma de alejamiento y ostracismo, y para un poeta el poema será siempre el objeto irremediablemente nostalgioso de una intimidad perdida, el precio de un extrañamiento: "La poesía no vuelve con las hojas. -escribe bellamente Enrique Lihn- /Ella florece en el

destierro, nunca en la misma estación de año en año..."

[Sobre la naturaleza paradójica de la escritura poética] valga recurrir [aquí] a una reflexión del filósofo Jean-François Lyotard a propósito de la lección de filosofía, que bien puede ser extendida, mutantis mutandis, a la poesía misma. La paradoja, en este caso, consiste en que al escribir un poema, se escribe antes de saber lo que hay que decir y cómo decirlo, y aun si es posible decir aquello. La escritura poética toma ventaja, adelantándose, respecto de lo que ella debería ser. Como lo son ciertos niños, ella es prematura, inconsistente, por ende. No es algo fiable para izarse al pensamiento mismo, allá en su extremidad final. Sino que, aquí, el pensar, se halla embrumecido, está enredado en el embrollo de lo nopensado, y empeñado en desmadejar la lengua desmanotada, inepta, de la infancia.

Una vez cumplido, un poema es una *obra*, y una obra es una entidad que existe sin ninguna posibilidad de relación con otras entidades, incluso cuando éstas son igualmente de orden estético. Por otro lado, ella es un cosmos; se basta a sí misma perfectamente en este aislamiento, porque encuentra en ella misma todo aquello que requiere para existir, y no depende en nada de una entidad diferente que se encontraría mas allá de sus límites.

La obra, dice Maurice Blanchot, y yo no puedo sino compartir esta idea, es obra solamente cuando deviene la intimidad abierta de alguien que la escribe y de alguien que la lee, el espacio, antes que nada, desplegado por la contestación mutua del poder de decir y del poder de oír.

Una vez producido el primer destello que enciende el proceso de la imagen, la experiencia y las palabras que la denominan ya han perdido ante la palabra del poema todo poder de clausura, todo derecho de llaves, toda virtud probatoria. Las razones de un poema son infinitas. No podrían, pues, ser confiadas a la lógica desaprensiva de una peripecia accidental: la de una circunstancia exterior cualquiera, llámese sueño o hazaña memorable, puesta de sol o sufrimiento ajeno, desesperanza o lucha esperanzada. El linaje poético se aviene mal con una cualquiera genealogía circunstancial. Las circunstancias del poema nacen con él mismo, o bien el poema fenece como tal en aquellas que le son imperiosamente externas. El sujeto autor -esa falsa idea clara- no es sino una de esas circunstancias del poema; el poeta es, según la conocida

fórmula, el que íncurre en un cierto hacer y haciendo, se hace; genitor del poema, él es su creatura. Del mismo modo, tan pronto como un poema ve la luz, se separa objetivamente del poeta para confiarse por entero a sus lectores.

Más que otras formas discursivas, el poema en su reapropiación subjetiva del lenguaje, esa realidad socialmente objetivada que se impone abierta o subrepticiamente al individuo, expone, presenta, o deja al descubierto esta problemática. Su virtud, en este sentido, es la de "dar la palabra a la minoría de nosotros mismos" (F. Ponge), a la minoría oprimida de nuestro ser, aquella que se siente privada de medios de expresión: aquella experiencia individual más íntimamente vivida que nos deja a menudo la impresión de ser inexpresable. Tal vez radique ahí el problema más específico de la poesía, o la clave de todos los otros.

Waldo ROJAS

Moscas

Vivíamos la tarde de un domingo abrumador. Era Verano en el hemisferio que pisábamos, según el orden de los astros.

Enredados en el ocio paseábamos de silla en silla a tropezones. Era Verano por la tarde y el resto del cuadro lo ponían las moscas.

Había un Universo dísperso por la pieza: botellas vacías,

hojas de algún diario, un plumero impotente entregado al polvo, y bostezando hasta quejarse ardía el aire por los cuatro costados.

"No hay peor poema que el que no se escribe", me dije callado gritándome al oído, y lo único real, consistente en sí mismo, eran las moscas. Muchas moscas, torpes moscas cayéndonos encima en arribos sucesivos y despegues.

Ardía el aire por los cuatro costados y nos sobraba un par de brazos, estaban de más las piernas y todo el cuerpo era lujo inútil, artículo suntuario adquirido a la fuerza en virtud de la artimaña de un hábil vendedor.

Saltimbanquis del aire, trapecistas, migajas de un gran demonío pulverizado, esas tíernas sucías moscas, diminutos ídolos del asco uníversaí.

No habíamos sobrevivido a nuestra fábula feroz:
un joven matrimonio derretido sobre el suelo, melaza pura
a merced de un día de Verano, a merced de la estrategia
de las moscas.
Y era domingo como cíen veces más fue domingo en los veranos
desde aquel día.

y desde cada día en que el sol encendía el aire y un zumbido tañía en los vidrios y crecía una inquietud por todas partes.

Algo que desde afuera penetraba, un cierto líquido agresivo, un licor caústico que diluía la carne o la memoria, algo que le pasaba al tiempo no nos tenía conformes.

¿Quién detiene el cauce de las cosas y los hechos en este punto, como un puente que se desploma, mientras pasa el día mutilado arrastrando los miembros

trabajosamente?

No hay peor poema que el que no se escribe, me dije, entretanto la poesía rescataba a sus heridos de los dientes para adentro; de los ojos para afuera lo único real eran las moscas.

(De Principe de Naipes.)

Disolución de Ariadna

MORADA certera, hora incierta de la prenda de su cuerpo, nudo ciego y reanudamiento encandilado de nuestra saciedad inconciliada.

Elía es la ninfa del umbral. Toda inmediaciones, inminencías. Es a un tiempo la claudicación de mis esperas y el agravio de mi incauta bienvenida.

Todo se plíega ahora al silencio que su piel despliega como crece en el día la inmensa untuosidad y el agua del arroyo explaya su fría doncellez.

Plenitud de la edad más predatoria que se aviene dócilmente a mi vacío adonde avanza así su pié a despeñarse, el don de su venida a desunirse, y ella a disolverse, deshilándose.

hija migratoria, en el resabio humoso de mi boca.

El grito

"¿Quién es el que permite que estos viejos caballeros ronden en nuestros sueños?" FRANZ KAFKA

A alguien esperan las sillas de este sueño en las gomosidades de panal de la duermevela. Alguien tendría que ocupar su lugar en la mesa, al fondo de la sala, aparejada como para el banquete al que el Anfitrión invita con el mejor gesto de su cara desconocida.

Insiste el convite de la mano, impulsa más bien, empuja hacia unos platos vacíos, las botellas transparentes, el barniz de las paneras.

Si no para el que sueña, ¿para quién el gracioso ofrecimiento de la nada que relumbra al centro de esas viandas?

Pero la muda invitación -mueca vacía- así se vuelve acoso. Trábase en el gesto la defensa del Dormido, atáscase en la voz que muy lenta se reflota y profiere en su boca un torpe agitarse de cadenas.

Estalía mudo entonces el aldabonazo de su grito, brinca a la ventana del tul flotante a merced del oleaje de su eco. Saltan las aldabas del salón aterrador, astillado el mármol del tieso cortinaje, y al conjuro del hierro craqueteado astíllase asimísmo toda cosa de madera.

El hollejo del gesto invitante logra el suelo, en tanto el polvo de los muebles y los zócalos desciende, como cruza la profundidad el ahogado.
Limpio el grito se abre paso y lo están oyendo ahora el dormido y su consorte en medio del loco agitarse de las sábanas:

¡Qué hay! ¡qué hay!

(De Cielorraso.)

Ariadna paradójica

Ella convierte en laberinto todos los gestos que llevan a ella misma.
Ella es invitante y celadora.
Y es en eso como la noche súbita que transmuta en dédalo las ciudades del crepúsculo.
Pero a diferencia de la noche, las horas no roen su espesura, las horas no ovillan en retorno el hilo que conduce hacia la luz.

Noche insomne como el rencor.
Noche sin premura y cargada de cerrojos.
A la espera de la ofrenda viviente
O de la espada de su inmolador, en pleno corazón del laberinto
mi deseo transfigurado arde por entre galerías ciegas
como el eco de un mugido enmurallado.

(De El Puente Oculto.)

Hotel de la Gare

Breve tregua de la noche de presa en la Ciudad Terminal esta oscuridad estrecha y desconocida de ambos.

Con un miedo cierto del tacto de sus voces un cuerpo llama al otro en esta manera de abrazo fatigante y calmador.

Ni una palabra que agite, entonces, el aire que se llaga:

separación de sus cuerpos

Y son ahora dos mitades arduamente mutuas como en el brillo de la hoja del cuchillo rebanador se contemplan sin sorpresa los hemisferios de fresca pulpa del fruto dividido.

(De El Puente Oculto.)

Visitar a los enfermos

La abrumadora mayoría de sus sensaciones está diciendo lo suyo.

Y a su turno, lo suyo es ese cuerpo rígido como un icono del que fluyen y confluyen, gota a gota, aire y sangre, sangre y aire.

Lo suyo es el desorden de las horas, la fecha que vivimos y no vive, tensa noche de un perro guardián.

Cerraron la casa de los naranjos y los limoneros.

Frescas musgosidades revienen los dinteles.

¿Veremos al Cuerpo erguirse entre los suyos, abominar del guiso de la noche, aterrorizar con insultos al cochero?

Las palabras que me guardo serán lo que sucede: pregunta el pobre cuerpo en cada mueca, y a cada temblor de las frazadas

aferra y suelta como un profeta el báculo tribal.

"La mano, dame la mano..." es lo que calla y adivino, y lo que coge es el veredicto de un brazo que se niega. Un florero abigarrado hiende el blancor reinante. Se desentiende del ambiente un rezumarse de rosas. Silencio, piden voces.
Nadie hable, por favor. Parece que rezara.

Y piensa el Cuerpo:

Habrá quedado sola la Casa de los Limoneros. Ya oigo crujir las gruesas puertas, saltar españoletas y aldabones a la premura del híerro. Silenciarán al perro a golpes de cadena, se llevarán sólo monedas en desuso, un bofín de recuerdos de familia.

Aíre enrarecido se respíra a la hora en que el batir de la puerta ha acallado los rumores.

Negro de humo y aceite mezclados a la brisa del trébol invernal.

Se hacen blandos los muros como almohadas,
y empavonado de lechosidad
se aquieta el vidrio grumoso del la puerta del cancel.

El Cuerpo es aún alguien a quien algo sucede, aunque sólo en lontananza

de sus fuerzas.

No podría negarse a los signos salvadores.

El Enfermo está abrazándose a las estatuas heladas.

(De Cielorraso.)

Dormida

AHORA que tus ojos te inclinan sobre la fuente opaca, ahora que te hunde el instante que eres y eres el instante y su curso mientras se restaña el surco de la noche. Que algo de inútil e insepulto empaña tus labíos y la piel de las cosas, un florecimiento mustio, un tañido nevado. Y sobre el rostro sin ceño sobrevuela, llovizna o revuelo de velos,

el agua virgen de todos los

lenguajes.

Ahora que hablas a tu propia palabra mientras deslíes en la yema de los dedos la arenilla de su tacto. Que caes con blando despeñamiento en medio del clamor de la voz de los objetos. Ahora que te encubre tu mudez más dañosa, que te ofrece y te niega la misma servidumbre y eres plena cercanía al alcance de la mano y naces llanura y renaces laberinto.

(De Almenara.)

